

Antonio de Ciudad Real

“De cómo el padre comisario general prosiguió su visita y de camino fue recibido por la provincia en el convento de Acámbaro”

p. 67-74

Antonio de Ciudad Real

Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes

Tomo II

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreas (edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

484 p.

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2811-7 (tomo II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_02/tratado_curioso.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Destas lenguas particulares se dirá en el proceso desta visita y se pondrán algunas cosas notables en propios lugares, como presto se verá.

[CAPÍTULO LXX]

De cómo el padre comisario general prosiguió su visita y de camino fue recibido por la provincia en el convento de Acámbaro

Visitado el convento de San Juan Zitácuaro, como atrás queda dicho, salió de aquel pueblo el padre comisario, sábado once de octubre, poco antes que amaneciese, y con lumbre de teas encendidas pasó una mala barranca y dos arroyos que corren por ella, de los cuales se hace un riachuelo allí cerca; después pasó otros dos arroyos, y andada una legua llegó a un pueblo llamado San Philipe, de indios otomíes y del obispado de Michoacán, de la guardianía de San Juan Zitácuaro. Pasó de largo y andadas dos leguas en que se pasan dos o tres arroyos y se baja una larga y penosa cuesta, llegó a un pueblo llamado Santiago Tuchpan, de indios tarascos y del mismo obispado, de la guardianía de Tlaximaloya. Dijo luego misa y oyéronla sus compañeros y los indios del pueblo, los cuales luego en acabándola le ofrecieron plátanos y pan de Castilla, y camotes, que son los que por otro nombre se llaman batatas; agradecióselos el padre comisario y partió de aquel pueblo, que aún era temprano, y pasado allí junto a las casas un río por una puente de madera, y andada casi una legua pasó por junto a otro pueblo llamado San Marcos, de los mismos indios, obispado y guardianía; salió toda la gente, así hombres como mujeres al camino a recibirle y tomar la bendición, y ofreciéronle higos, huevos y tortillas de maíz. Dioles asimismo las gracias y pasó adelante y bajada una cuesta y pasado el mismo río por otra puente de madera y después unas ciénagas y un buen arroyo con que se riegan muchos trigos junto a un poblecito despoblado, llamado San Martín, donde hay unas caserías en que estaban aventando y limpiando trigo en las eras, habiendo otros trigos en berza, llegó finalmente, andada otra legua larga, al pueblo y convento de Tlaximaloya donde se le hizo muy solemne recibimiento, así por frailes como por los indios; es aquel pueblo de gran vecindad de indios tarascos. Hay en aquella guardianía algunos otomíes y otros matzaguas, y todos caen en el obispado de Michoacán. En la plaza de Tlaximaloya hay una fuente muy vistosa de buen agua, labrada de piedra, con mucha curiosidad. El convento, que se intitula San Joseph, estaba aca-

bado, con su claustro, dormitorios e iglesia, en la cual hay un bonito retablo en el altar mayor; tiene una bonita huerta, en la cual se dan berros como los de Castilla, y éstos hay muchos en aquella comarca y en otras partes de aquello de Michoacán. Moraban en aquel convento dos religiosos, visitólos el padre comisario y detúvose con ellos aquel día y los dos siguientes; recibió allí cartas del provincial en que le pedía y suplicaba fuese por Acámbaro para que en aquel convento le recibiese la provincia como solían hacer con otros preladados; hízolo así como agora se dirá.

Martes catorce de octubre salió el padre comisario la vía de Acámbaro, muy de madrugada, y andada legua y media con un norte muy fresco que le daba de rostro y le hizo harto daño, llegó antes del día a un pueblo pequeño llamado Tzitzingareo, de los mismos indios tarascos, y obispado de Michoacán, visita de clérigos. Pasó de largo, y andadas dos leguas llegó, ya salido el sol, a una grande estancia de ganado mayor, de un español de México llamado Francisco de Ávila, y sin entrar en la casa ni detenerse un punto, prosiguió su viaje, y andadas otras dos leguas y media de buen camino por una dehesa y pasado un arroyo, llegó a otro pueblo de los mismos indios y obispado llamado Tarandacuau, de la guardiánia de Acámbaro; saliéronle los indios a recibir y hiciéronle grande fiesta. Dijo luego misa, después comió, proveyéndolo de pan, gallinas y fruta los indios de Acámbaro; detúvose allí todo aquel día y trujéronle para que le viese un toro que andaba con las ovejas y cabras del hospital del pueblo, tan doméstico y manso que era cosa de admiración; habíale criado una cabra y conocíala entre todas las demás, dábanle mazorcas de maíz, y no le podía echar de sí el que le hacía esta buena obra, dejábase rascar y que le llegasen a los cuernos, y no hacía mal ninguno; y porque se ha hecho mención de hospital se dirá en este paso lo que hay en aquella provincia tocante a esta materia. En todos los pueblos de la provincia de Michoacán, así en la parte de Michoacán como de Xalisco, donde hay convento nuestro o de San Agustín o residen clérigos, y aun en los demás pueblos, como no sean demasiado pequeños, tienen los indios un hospital y en él se curan los enfermos del pueblo, y para servirlos y darles de comer tienen allí muchos indios e indias, y allí los curan y les administran los santos sacramentos de la penitencia, viático y extremaunción, y para poderlos curar y medicinar a su modo tienen estos hospitales algunas ovejas y cabras, de cuya lana y quesos sacan algún dinero; hay en todos ellos fundada cofradía de la Concepción de nuestra Señora la virgen María, y tienen los cofrades sus leyes y ordenanzas; negocio es éste de mucha caridad y devoción, en que los indios son favorecidos así espiritual como temporalmente.

Miércoles quince de octubre salió el padre comisario, ya que amanecía, de Tarandacuau, y andadas tres leguas largas de buen camino llegó a

decir misa al pueblo y convento de Acámbaro, donde fue muy solemnemente recibido; salió el provincial y los dos definidores de la parte de Michoacán más de media legua del pueblo, donde le tomaron la bendición. Tenían los indios hechas muchas ramadas y arcos, y entre éstas había más de veinte muy grandes, y en lo alto de cada una estaba hecho un altar, y junto al altar mucha música de trompetas. Hubo chichimecas contrahechos y muchos bailes y danzas, y especial una de herreros que, muy de propósito, habían llevado unos fuelles grandes al patio del convento donde tenían asentada su fragua con todo su aderezo, y al son de un tamboril estaban martillando y labrando hierro muy despacio; los canteros asimismo estaban al son de otro danzando y labrando una piedra, y finalmente todo el pueblo que se había juntado a este recibimiento estaba vestido de fiesta y mostró mucho contento, devoción y alegría, con la llegada del padre comisario, al cual ofrecieron después mucho pan de Castilla, fruta y gallinas.

El pueblo de Acámbaro, con los demás de aquella guardianía, son de indios tarascos y otomíes, la mitad de unos y la mitad de otros; los tarascos es gente valiente y animosa contra los chichimecas; los otomíes es gente muy tímida, y caen los unos y los otros en el obispado de Michoacán. Es mediana vecindad la de Acámbaro, de indios muy devotos de nuestro estado, las casas son de adobes, cubiertas algunas de zoteas de tierra, aunque las más están cubiertas de paja, y así son en todo lo de Michoacán y aun en lo de Xalisco, aunque allí por ser tierra caliente casi todas son de paja. Está aquel pueblo de Acámbaro fundado junto al Río Grande que llaman de Toluca, que lleva por allí mucha y muy buena pesca de bagres; tiene algunas visitas aquel convento de la otra parte del río, en las cuales no hay mucha seguridad por causa de los chichimecas, que suelen llegar al río, y aun algunas veces lo pasan. Es tierra más fría que caliente toda la de aquella comarca, danse en ella muchas y muy buenas uvas, y se harían viñas como en España si las pusiesen y las cultivasen. Danse nueces, higos, duraznos, albarcoques, granadas y todo género de naranjas; danse legumbres y hortalizas de Castilla; dase trigo y mucha abundancia de maíz, y hay muchas estancias de ganado mayor y algunas de menor, y moran por allí algunos españoles. El convento de Acámbaro, que se llama Santa María de Gracia, estaba acabado, con su claustro, dormitorios, iglesia y huerta, en la cual entra una poca de agua, y hay muchas parras, higueras, manzanos y duraznos y algunos nogales, y se da mucha y muy buena hortaliza; el convento es de mediana capacidad, hecho de cal y canto; moraban a la sazón en él siete religiosos, visitólos el padre comisario y detúvose allí hasta el sábado siguiente.

Estando ya determinado el padre comisario y resuelto de pasar el Río Grande sobredicho, e ir al convento de Querétaro y otros cuatro que están de la otra parte entre los chichimecas y gente y tierra de guerra, cargaron dél el provincial y los otros frailes pidiéndole y rogándole con mucha instancia que no lo hiciese, por el peligro grande que había y la falta que haría su persona en tal coyuntura si sucediese alguna desgracia, y por sus ruegos y persuasiones dejó la ida, pero envió un comisario que visitó aquellos conventos como presto se verá.

Domingo diez y nueve de octubre, despedido el provincial y el un difinidor, y llevando por *nauatlato* o intérprete al otro, en el ínterin que llegaba el que había de ser toda la visita de la parte de Michoacán, salió el padre comisario de día claro de Acámbaro, y andada legua y media y pasados dos arroyuelos, llegó a un pueblo de aquella guardianía llamado Santa Clara, de indios tarascos y otomíes. Pasó de largo, y andada otra legua y media en que se pasa una lagunilla, una estancia y un arroyuelo, llegó al pueblo y convento de Tzinapícuaro, donde se le hizo muy buen recibimiento. Había muchas ramadas que comenzaban un cuarto de legua antes del pueblo, y en ellas muchos indios e indias que salían a tomar la bendición, y se hincaban de rodillas cuando el padre comisario pasaba, y antes que llegase echáronle al cuello una gran sarta de pájaros vivos muy galanos, y después le ofrecieron gallinas y pollos, pan de Castilla y batatas. Es aquel pueblo de mediana vecindad, edificado en unos vallecitos frescos y deleitosos, por los cuales corren algunos arroyuelos de buena agua, con que los indios riegan sus milpas y sus arboledas, que son muchos granados y higueras y otros árboles de la tierra, y otros frutales, casi los mismos que se dan en Acámbaro, porque casi es el mismo temple; los indios de aquel pueblo y de los demás de aquella guardianía son tarascos y caen al obispado de Michoacán. Cerca de aquel pueblo, a la banda del sur, hay una cantera de piedras negras, de la cual se han sacado muchas y muy buenas para aras; no se beneficiaba entonces por falta de indios oficiales. A la banda del norte, como una legua de Tzinapícuaro, está una buena laguna de agua salada, en que hay mucha y muy buena pesca, especial unas que llaman sardinillas, pescado muy sabroso; llámase esta laguna de Araro, y hay en su ribera algunos pueblos, visitas de aquel convento; hay también no lejos de aquel pueblo unas minas de plata, y residen en aquella comarca algunos españoles mineros y mercaderes, y otros que tienen por allí ganado mayor y menor, y labradores de trigo, de los cuales salieron algunos a recibir al padre comisario y le acompañaron hasta el convento, el cual es de cal y canto, fuerte y bien hecho, aunque pequeño, pero del todo acabado, con su claustro, dormitorios e iglesia, fundado en un cerrillo; tiene en lo bajo una buena huerta junto a un arroyo, del cual

se saca una acequia de agua para regarla. Moraban allí dos religiosos, visitólos el padre comisario y detúvose con ellos aquel día y el siguiente, hasta la tarde. Desde allí sirvió de intérpete, en la parte de Michoacán, un buen fraile de aquella provincia llamado fray Pedro Ximénez, gran lengua tarasca; la vocación de aquel convento es de San Juan Baptista.

Lunes en la tarde, veinte de octubre, salió el padre comisario de aquel pueblo, y pasado junto a las casas el arroyo que corre por a raíz de la huerta de aquel convento, y después otros dos arroyos y una estancia y casas y muchos ojos o manantiales de agua que salen del pie de una sierra por cuya ladera va el camino, y andadas dos leguas, pasó por cerca de un poblecito llamado Queréndaro, de la guardianía de Tzinapícuaro. Salieron al camino los indios con música de trompetas a verle y tomar su bendición; dióselas el padre comisario y agradecióles su devoción y pasó adelante, y pasados tres o cuatro arroyos y algunas cienaguillas y malos pasos en que cayó el intérpete y otro fraile, llegó a las siete de la noche a un bonito pueblo de los mismos indios y obispado llamado Hindapapeo, beneficio y residencia de un clérigo, dos leguas de Queréndaro y cuatro de Tzinapícuaro. Recibióle el clérigo con música de trompetas, y aposentóle en su casa y aposento, y hízole mucha caridad y regalo; corren por aquel pueblo muchos arroyuelos con que riegan los indios sus hortalizas, en que tienen naranjas y higueras y otros árboles frutales.

Martes veintiuno de octubre salió el padre comisario de madrugada de aquel lugar, y andada media legua llegó a un río que llaman de Guayangareo; pasóle por una puente de madera muy angosta, y andada después legua y media pasó de largo por una estancia de la Compañía, de Valladolid, que está junto a una laguna, y andada otra legua llegó a un pueblo pequeño de los mismos indios y obispado llamado Huruguetaro, de la guardianía de Tarimbaro. Pasó de largo, y andada otra legua y pasado un arroyo, llegó a decir misa al mismo pueblo y convento de Tarimbaro, donde se le hizo muy solemne recibimiento, con música de trompetas y chirimías y con una danza de indios enmascarados que iban corriendo un toro contrahecho, danzando al son de un tamboril. Junto a la cruz del pueblo, a la entrada dél, estaba una procesión de mochachos y mochachas, con dos pendones pequeños, y fueron todos desde allí, delante del padre comisario, cantando el *Te Deum laudamus* en lengua mexicana, hasta llegar a la iglesia del convento, el cual se intitula San Miguel; está acabado, con su claustro, dormitorio y huerta, la iglesia se iba haciendo, y tenían entonces de prestado una de paja; moraban en aquel convento dos frailes, visitólos el padre comisario y detúvose con ellos aquel día y el siguiente. El pueblo es de mediana vecindad, danse en él higos, duraznos, manzanas y peras; cógese en aquella comarca mucho trigo y apaciéntase

mucho ganado mayor y menor junto a una laguna que está allí cerca, en la cual se pescan muchos bagres, aunque no muy buenos. Los indios de Tarímbaro y los demás de aquella guardianía son tarascos y caen en el obispado de Michoacán.

Lunes veintitrés de octubre salió el padre comisario, ya salido el sol, de Tarímbaro, y pasada una cenaguilla junto a una estancia, y el río de Guayangareo, atrás dicho, y andada una gran legua, llegó a la misma cibdad de Guayangareo, llamada también Valladolid; salióle a recibir, un gran trecho del pueblo, el provisor y el cura y algunos otros clérigos y caballeros españoles, y después acudieron los alcaldes y otra mucha gente, con que llegó al convento, en el cual fue muy bien recibido de los religiosos dél. Está aquella cibdad fundada en unos llanos y páramos grandes y espaciosos, en tierra más fría que caliente; entra en ella un arroyo de agua buena que traen de lejos de allí, por una calzada, para beber y para servicio del pueblo. Las casas son de adobes, con alguna piedra y cal, los vecinos españoles son pocos más de ciento, y moran con ellos algunos indios tarascos y otros mexicanos, de los que se hallaron en la conquista; allí en aquel pueblo está la iglesia catedral y allí tiene el obispo su silla y residencia, después que se pasó de Pátzcuaro donde estaba antiguamente; sin esta iglesia hay una casa de la Compañía y un colegio; hay un convento de San Agustín y otro nuestro, el cual de muy antiguo se estaba cayendo, habíanle derribado la iglesia, e íbase haciendo de cal y canto, muy buena y fuerte, y para hacerla dio el rey aquel año cuatrocientos ducados de limosna, los cuales llevaron en dineros, de España allá, cosa bien nueva y nunca vista. Moraban en aquel convento, que se llama San Buenaventura, seis religiosos, visitólos el padre comisario y detúvose allí hasta el domingo siguiente.

Lunes veintisiete de octubre salió el padre comisario de Valladolid a las tres de la mañana, y pasado un arroyo y el río de Guayangareo, y más adelante una fuente, pasó cuando amanecía por entre dos pueblos que están un poco apartados del camino real, tres leguas de Valladolid, de indios tarascos, de el obispado de Michoacán, visita de clérigos; el uno se llama Capula o Xeréngaro, y el otro Tantzícuaro. Pasó de largo sin entrar en ninguno dellos, y andada otra legua llegó a otro pueblo llamado San Francisco, de los mismos indios, obispado y visita. Pasó también de largo, y andada otra legua, casi toda de cuesta abajo, con una niebla muy espesa y oscura que le hizo mucho daño, llegó a una fuente de buena agua que está en el mismo camino, cerca de un pueblo despoblado; no se detuvo en ella, sino pasando delante y andadas otras dos leguas de buen camino y dejando a la una banda y a la otra algunos pobleuelos, llegó a las once del día, muy cansado y fatigado, a la cibdad y convento de Pátzcuaro,

siete leguas largas de Valladolid; saliéronle a recibir muchos españoles de los que residen en aquel pueblo, y todos los indios principales, y hízosele mucha fiesta con música de trompetas y chirimías.

La cibdad de Pátzcuaro está situada no lejos de una laguna grande que llaman de Zintzuntza (de la cual se dirá adelante), entre unas costezuelas y llanos; tiene mediana vecindad de indios tarascos, entre los cuales hay unos pocos de mexicanos tecos, y entre todos hay muchos mercaderes y tratantes. Hay asimesmo oficiales de campanas y trompetas, flautas y chirimías, de las cuales se saca mucho número para toda la Nueva España; también se hacen allí las imágenes ricas de plumas; moran en aquel pueblo y en su comarca, en estancias, cuarenta españoles, casi todos mercaderes y labradores, de los cuales los más tienen sus casas tiendas en la plaza, la cual es grande y cuadrada y tiene en medio una fuente labrada de cantería, muy galana y curiosa, con ocho caños muy vistosos; los seis dellos son seis gentiles hombres, labrados de talla, y puestos en pie alrededor de una pila redonda, apartado uno de otro en igual distancia, que mirándose los unos a los otros, echan el agua por la boca y cae en la misma pila; otro caño es una águila, asimesmo labrada puesta en medio de aquella pila sobre un pilar o columna alta bien labrada, que echa el agua por la corona y subiendo algo alta, cae en la misma pila; el octavo caño es un león de piedra asimesmo labrado, de talla, puesto en otro pilar más bajo que el de la águila y delante de ella, en el borde de la pila mirando a fuera, el cual echa el agua por el medio de un escudo que tiene en los pechos, y arrójala de sí para adelante más de tres varas de medir y cae en otra pila larga, a la cual por otros caños anchos va a parar toda la otra agua de la pila redonda, y de allí toman agua todos los indios e indias del pueblo. Esta fuente dicen que descubrió el obispo de Michoacán, Quiroga (que tuvo nombre de santo), cuando estaba en aquella cibdad la catedral, y entonces se comenzó a edificar una iglesia muy grande, de diez o doce naves, con tanta curiosidad y primor que por todas ellas se podía ver el altar mayor y las misas que en él se dijese, porque todas las naves iban a dar a la capilla mayor, al medio della, donde está el altar; llevaba mucha obra, y si se acabara fuera cosa insigne, pero no se acabó porque con mortandades y pestilencias faltaron muchos indios y se pasó de allí la silla a Valladolid, y así cesó todo; permanecen agora algunas de las naves enteras y paredes de otras, con parte de la capilla mayor, y cierto admira todo. Cuando se pasó la catedral a Valladolid quiso el obispo (que ya era otro) pasar también allá una campana muy buena y grande, que los indios habían hecho, pero ellos la defendieron de tal suerte que no bastó el obispo ni nadie a sacársela; pusieronse en armas y subieron la campana a un monte, y allí la guardaron muchos días

ellos y ellas. Viendo el obispo y los españoles su porfía, y que sería por demás porfiar en quitársela, los dejaron, y así se quedó la campana en Pátzcuaro, donde estaba a la sazón que el padre comisario pasó por allí, buena y sana. En la iglesia de Pátzcuaro sobredicha hay uno o dos curas para los españoles y para algunos indios que tienen de visita, así dentro de la cibdad como en su contorno. Hay también en aquel pueblo convento de San Agustín y convento de la Compañía de Jesús, y hay convento de nuestra orden, el cual no estaba acabado, tenía hecho un cuarto de cal y canto alto y bajo, e íbase haciendo la iglesia; la vocación de la iglesia es de San Francisco, nuestro padre; moraban en él tres religiosos, visitólos el padre comisario y detúvose con ellos hasta el jueves siguiente. Los indios que están a nuestro cargo en aquella guardianía son tarascos y mexicanos tecos; todos caen en el obispado de Michoacán.

[CAPÍTULO LXXI]

De los conventos de Querétaro, Salaya, Apaceo, San Felipe y Tulimán, y cómo el padre comisario envió quien los visitase

Dicho queda ya, cómo queriendo el padre comisario pasar el Río Grande e ir a visitar cinco conventos que están de la otra parte de Acámbaro, a la banda del norte, entre chichimecas y gente de guerra, fue detenido por frailes y se lo estorbaron, no consintiendo que se pusiese en tal sazón en peligro y riesgo de su vida. Pues para que estos conventos no quedasen sin ser visitados, visitado el de Pátzcuaro, como dicho es, dio su comisión para que los visitase el guardián deste sobredicho de Pátzcuaro, buen fraile y religioso honrado, difinidor de la provincia, el cual fue y los visitó, y volvió con la visita; los conventos son el de Querétaro, el de Salaya, el de San Felipe, el de Tulimán y el de Apaceo; lo que se podrá decir dellos, según la relación que los guardianes dieron al padre comisario, es lo siguiente:

El convento de Querétaro, cuya vocación es de Santiago, está acabado, con su iglesia, claustro, dormitorios y huerta, tiene buen edificio de cal y canto, y es capaz de muchos religiosos, y por esto suele haber en él estudio de teología, o de artes, o de gramática, pero cuando se visitó no se leía en él ninguna destas facultades, y así no había sino cinco religiosos en él. El pueblo de Querétaro es muy fértil, fresco y vicioso de uvas, granadas y higos, y otras muchas frutas de Castilla. Es pueblo de mucha vecindad